

Max Jara

Poesía



ESNUDO fué mi pensamiento.
Lo vi adorable y sin defensa;
de su belleza me lamento,
su desnudez me da vergüenza.

Por su virtud, que a muchos mueve,
—lo que me trae confundido—,
agua que nace de la nieve,
toda la vida se me ha ido.

Siento aún en mí la voz que canta;
pero en su magia ya no creo;
tanta virtud y gracia tanta
sólo existieron en deseo.

La tarde de mi desaliento
sintió pasar a una mujer
cuyo fragante pensamiento
fué voluntad dentro mi ser.

Ayer murió; banal historia.
Hoy su agonía en mí la miro,
por la orfandad de su memoria,
sin flor, sin beso, sin suspiro.

Matar quisiera su recuerdo
y este deseo me hace daño.
Joven me sé; viejo me pierdo
en la emoción de los veinte años.

Rompió ese duelo mi armonía;
tal vez su vuelta en vano espere,
y habiendo sed de poesía,
la poesía en mí se muere.

Elegiacas

CERCA del banco rústico, de madera pintada,
entre viejas raíces de árboles corpulentos
reposa mi alegría de vivir, desdeñada
que fué por mis cobardes y amargos pensamientos.

Hay entre todas, una negra raíz que pesa
y se hunde en el sitio que su cuerpo marcará,
cual mi brazo extendido hiciera a su cabeza
hueco para dormir, pegada a mí su cara.

Y un desmayo infantil me posee y rebosa
suave y limpiamente de mi triste razón,
cuando, tocando el árbol —¡oh locura armoniosa!—,
siento que está más cerca de ti mi corazón.

II

En el verde rincón donde tu cuerpo yace
siento la tierra pródiga y el cielo protector.
Te conozco presente en la yema que nace
y con un ruido de aguas entras en mi interior.

Me enternece la yerba obscura que te cubre;
admiro, agradecido, el insecto armonioso;
mi corazón en todas las cosas te descubre;
me parece que todas saben que fui tu esposo.

Mas tan grata ilusión mi hambre de ti no sacia.
Estrujo tu recuerdo como un panal de miel.
Como ayer me posees, y por darte las gracias
con doliente conciencia te pertenezco fiel.

Ojitos de pena

Ojitos de pena,
carita de luna,
lloraba la niña
sin causa ninguna.

La madre cantaba,
meciendo la cuna:
«No llore sin pena,
«carita de luna,»

Ojitos de pena,
carita de luna,
la niña lloraba
amor sin fortuna.

—«¡Qué llanto de niña!
«sin causa ninguna»,
pensaba la madre,
como ante la cuna;
—«¡Qué sabe de pena,
«carita de luna».

Ojitos de pena,
carita de luna,
ya es madre la niña
que amó sin fortuna;
y al hijo consuela
meciendo la cuna:
—«No llore, mi niño,
«sin causa ninguna;
«no ve que me apena,
«carita de luna».

Ojitos de pena,
carita de luna,
abuela es la niña
que lloró en la cuna.
Muriéndose, llora
su muerte importuna.
—«¿ Por qué llora, abuela,
«sin causa ninguna?»

Llorando las propias,
¿quién vió las ajenas?
Mas todas son penas,
carita de luna.

Espiga morena

Espiga morena
que el tiempo desgrana,
entre las mujeres
tuviste una hermana.

En formas de niña
te supe escondido,
perfume de carne
de trébol florido.

Abeja dorada
con oros de flores,
pasó por mi vida
en juego de amores.

Agil hormiguita
que hallo en mi sendero,
sigue tu camino,
torcerlo no quiero.

Nieve de las cimas,
canas me cubrieron.
¡Quién fuera la tierra
donde la pusieron...

Clavel y Rosa

Leche el clavel, sangre la rosa
suelen un día amanecer.
Semejan esposo y esposa.
Es el destino florecer.

Breve la vida de la rosa
como la llama, suele ser:
la mata el viento que la goza;
la rosa es casi una mujer.

Fugaz como ella, la olorosa
carne nevada del clavel,
—lo sabe bien la mariposa—,
muere de polen y de miel.

Si la muerte fuese gozosa,
la del clavel tendrá que ser.
¿Y habrá una suerte más hermosa
que nacer rosa y florecer?

Yerbas Buenas

Yerbas Buenas de Linares:
casas grises entre vegas;
esteros van por rastrojos,
alamedas, alamedas...
Nieves tempranas de Abril
bajan por la cordillera.
Campanas llaman palomas
en el vuelo de la queda.
Entre un vaho de neblina,
bajo la primer estrella,
una tonada se va;
acompañanle la queja
olor de tierra mojada
y chirridos de carreta.

En la falda de la loma
una lucecilla tiembla.
Sin luna viene la noche;
y se adivinan apenas
en la obscuridad del llano
aguas vivas, alamedas...

II

Así te veo al llegar
esa noche Yervas-Buenas,
en que a la Patria naciente
bautizaran en tu iglesia
con sangre de hombres del rey
brazos de gente chilena;
por madrina, tu capilla;
por padrinos, los Carrera.
Todo el sur estaba en armas
por el rey y con Pareja.
Los hombres todos huyeron
sólo las mujeres quedan,
lloran tal vez, pero a solas;
nadie en voz alta se queja,
porque no hay humillación
en llorar, sin que lo sepan,
cuando la carne que muere
es la propia carne nuestra.
Desde Concepción al Maule
galopando va la guerra;

la sigue el odio, al acecho,
riéndose de su miseria.
Por allí por donde pasa
sangre brota de la tierra;
el odio la va bebiendo
para ser más fuerte que ella.
Llegó la hora del triunfo
y se llamó Yervas-Buenas.
España armada descansa
al amparo de su iglesia;
todo el ejército en sueños
la noche por centinela.
Rasgó la hora negra un grito:
« ¡Muera el Rey! ¡La Patria llega!»
Al amparo del espanto
la muerte viene con ella;
el odio su brazo crispa
y va trabajando ciega.
¡Ay de los hombres del rey!
En la vasta noche tiembla
largo aullar de agonía;
España herida se queja.
Extraviado y vacilante,
al azar, en la tiniebla,
sin alarde de heroísmo
huye el Brigadier Pareja.
No dice dolor de hierro,
mas lleva una herida abierta.
No de mano de hombre sufre;

pero de la suerte fiera.
Herido va de despecho;
llagado ya de vergüenza;
que la derrota le torna
incurable la conciencia.
Héroe de Trafalgar,
la muerte te fué ligera.
Te traicionara la Gloria
cuando confiado la sueñas;
había de serte infiel
eras viejo, joven ella.
Honra encontraste en la muerte
por el dolor de su ausencia.
Honra de la vieja España
fué también honra de América.
Si hombres libres hoy te exaltan,
es porque orgullosos llevan
memoria de aquel dolor
en la sangre de sus venas.

III

Yerbas-Buenas de Linares:
casas grises, pardas vegas;
esteros bordan trigales;
alamedas, alamedas,
y palomas y campanas
en el vuelo de la queda. . .
Yerbas-Buenas de Linares,

quien te gozó, la doncella,
la más hermosa te sabe
del mar a la cordillera.
¡Cómo dicen con tu nombre
glorias de la Patria Vieja
que cuanto más viejas, más
orgullosamente suenan,
sin halago de alabanzas,
porque solas ya son bellas!
Visión de agua, tierra y luz,
dame paz en la conciencia.
Amparo de los humildes
por tus trigales y vegas;
alivio de caminante
por tus ranchos y arboledas;
deleite de los felices
por tus virtudes discretas;
deseo de los ausentes
que suspiran por belleza;
por el campo, por el cielo,
por los hombres y las hembras;
por tu suelo trabajado,
por tus pastos y tus piedras;
por la virtud musical
de tus claras aguas frescas
cuyos sonos milagrosos

hoy repite mi inconsciencia;
por el ansia de vivir
por el dolor de belleza
con que desde que nací
ésta mi vida se queja;
para bien de nuestros hijos,
Dios te guarde, Yervas-Buenas.